

RODOLFO PALACIOS



CONCHITA

RICARDO BARREDA, EL HOMBRE
QUE NO AMABA A LAS MUJERES

Espejo de la Argentina  Planeta

Conchita

Ricardo Barreda, el hombre que no amaba
a las mujeres

Rodolfo Palacios

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Prólogo. El enemigo duerme en nuestra cama, por Enrique Symns](#)

[Introducción. Conchita etimológica](#)

[1. El odontólogo sin sonrisa](#)

[2. El comienzo de una linda amistad](#)

[3. El asesino dentro de mí](#)

[4. El infierno de Dante existe](#)

[5. La segunda vida, la segunda mujer](#)

[6. Picada, fútbol y Fellini](#)

[7. Sabor a nada](#)

[8. Vieja, poné los fideos](#)

[9. Simpatía por el demonio](#)

[10. En la mente de un seductor](#)

[11. Que los cumplas feliz](#)

[12. Hogar dulce hogar](#)

[13. Viaje al pasado por la autopista Buenos Aires-La Plata](#)

[14. Sushi, Fernet y el negro grandote](#)

[15. El sueño de ser otro](#)

[Epílogo. Un caso de escopeta](#)

[Epílogo 2. El indigno que se cansó de Dios y el final de Berta](#)

Palacios, Rodolfo

Conchita / Rodolfo Palacios. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2016.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-5152-0

1. Biografías. I. Título.

CDD 920

© 2016, Rodolfo Palacios

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Imagen de tapa: Yamila Murán Leivas

Todos los derechos reservados

© 2016, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-5152-0

A Cristina y Roberto.

Supongo que he sido yo. Intuyo que las maté yo porque éramos cinco en la casa y de pronto me encontré con cuatro cadáveres.

RICARDO BARREDA

Un día, esto pienso mientras las hago, construiré una jaula bien grande, la más grande de todas, con unos gruesos barrotes de hierro y meteré ahí dentro a Margarita y a su desgraciada madre, esto es, mi puta suegra y las sumergiré a las dos, luego de alimentarlas con alpiste envenenado, en el Riachuelo, nada de un arroyo limpio y rumoroso ni siquiera del Río de la Plata, que por ser el más ancho del mundo con seguridad podría resumir tanta maldad, sino en el Riachuelo para que se chupen todo ese olor a podrido que viene de los mataderos y revienten en forma.

HAROLDO CONTI, *Devociones*

Podemos imaginarlo todo, predecirlo todo, salvo hasta dónde podemos hundirnos.

E. M. CIORAN

PRÓLOGO

El enemigo duerme en nuestra cama

Es natural no sentir compasión por un asesino múltiple como Barreda; lo que me resulta singular es no sentirla por sus víctimas. Es más, si logramos desprendernos de la perversidad de la mirada moral, y consideramos el acto de matar como una tendencia natural de estos primates que somos, yo tiendo a sentir compasión por Barreda. En definitiva, la muerte es un acceso eterno a la nada, al morir es como si nunca hubiésemos existido, la muerte borra la memoria del sufrimiento. A los muertos nada les duele, ni siquiera buscan venganza. Borges sostenía que un suicida en realidad mata a todos los demás al eliminarse, mientras que un asesino suicida su alma al cometer un crimen. En realidad, tampoco me despierta una sincera compasión Barreda, porque ese infierno que habitaba junto a las mujeres que eliminó tiene que haber sido gestado con cierto grado de complicidad de su conducta. Las cuatro brujas que eliminó tampoco me producen compasión. Usaban la palabra "conchita" como si fuera un cuchillo y no cesaban de sallar la herida que habían abierto en esa convivencia.

Se trató de un complot femenino configurado para despreciar la masculinidad del dentista. En muchos casos he observado que nunca se juzga la participación de la víctima en su propia destrucción. En el juego de sombras del inconsciente, en el abismo de las mentes, ciertos espectros, a veces, se apoderan de nuestras decisiones.

Fue Sigmund Freud, ese genial investigador del alma, quien descubrió que el contenido de lo "siniestro" se haya siempre oculto en lo familiar, en el entorno, en el aparente cariño de nuestros seres queridos. El verdadero enemigo duerme en nuestra cama. En cuanto a Barreda, desde un principio me despertó antipatía su figura, por la elección de una profesión tan siniestra como la odontología. No es que la medicina sea una elección más honorable. El negocio de los médicos es la desgracia ajena. No es la salud, sino la enfermedad. Pero el dentista elige la tortura. Elige la siniestra picana eléctrica (el

torno) que fue espléndidamente evidenciada en el film *Maratón* con Dustin Hoffman. Es una profesión desalmada elegida por sujetos como Barreda, un tipo con poca alma.

Fiodor Dostoievski sostenía que ningún delito individual puede compararse con la crueldad de la pena carcelaria, esa sofisticada venganza asumida por el Estado. Y Barreda estuvo diecisiete años en ese infierno. Ya está, esos asesinatos fueron pagados en exceso. Sin embargo, el aspecto más perverso de este dentista es su noviazgo con Berta, convivencia que tan bien dibuja en su relato Palacios. Si a Barreda sus mujeres lo degradaban llamándolo "conchita", él llama a Berta con el peor apelativo que puede endilgarse a una mujer: "chochán". Tirada casi siempre en la cama, engordando, sumida en sus fantasías, el hombre la ve como un cerdo y no tiene pruritos de manifestarlo, aun a terceros. Su sentido del humor, su mirada fría y ausente sobre la existencia, cierta decepción con el destino, están retratados en esta crónica como una verdadera fotografía del horror. Hacia el final del libro, Berta se transforma en el personaje fundamental. Su monólogo, como en un guión teatral, se va esfumando entre los comentarios insípidos de Barreda. Es un amor que respira vacío, una reunión de almas separadas por el desgarró, una demostración absoluta de la vulgaridad de la existencia y la imposibilidad de toda dicha.

Los paseos de Barreda, los enfrentamientos continuos con los fantasmas del pasado a través de la adulación o el rechazo de vecinos y desconocidos, las picadas pantagruélicas que comparte con el narrador quien, por momentos, manifiesta hasta cierto cariño por su personaje, completan el paisaje desolado de esta narración.

Más que una crónica de la vida real, una aguafuerte certera sobre la vida de un matador. Y Palacios es un experto en mata-dores.

ENRIQUE SYMNS

INTRODUCCIÓN

Conchita etimológica

Conchita.

La palabra, dicha con rapidez, tiene el efecto de un latigazo. Un latigazo imprevisto en la espalda desnuda.

Conchita.

Un latigazo corto. Un latigazo que deja un pequeño tajo. Una cicatriz que perdura en el tiempo.

Conchita.

Un escupitajo espeso en el medio de la cara. Conchita.

Un sopapo que enrojece la mejilla. Conchita.

Un nariguetazo veloz en un plato tibio. Conchita.

Como meter el meñique mojado en el enchufe. Conchita.

Vladimir Nabokov lo hubiese dicho así: Con-chi-ta. La punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos desde el borde del paladar para apoyarse, en el tercero, en el borde de los dientes. Con. Chi. Ta. ¡Conchita!

Hasta que pasó lo que pasó, esta palabra tenía un par de significados: ser el diminutivo del órgano sexual femenino. O el de las mujeres llamadas Concepción.

Conchita.

Decirlo suena hasta cariñoso. Tierno, infantil e inocente. Una caricia pícara.

Conchita.

Conchita tan bonita y tan ingrata, como dice la cumbia. Conchita depilada.

Conchita tupida.

Conchita sembró tempestades.

Conchita, como dice la canción de Bersuit, mató por amor. Como Monzón.

Conchita arrugada.

Conchita joven.

Conchita perfumada.

Dulce conchita.

Oscura monótona conchita.
Conchita salada.

Desde que un hombre, dentista, padre de familia, marido gris y anodino, yerno sin luces, ciudadano común y corriente, tomó la escopeta y eliminó a su esposa, a su suegra y a sus dos hijas, decir "conchita" no es lo mismo que antes.

—¡Conchita!

Y el tipo obedecía como un pobre diablo. Eso dice él.

Esta es una historia que puede resumirse en pocas palabras. Un día, un hombre que hasta ese momento había sido inofensivo, se levanta, se mira al espejo y sabe que en pocos minutos será otro. No tendrá intimidación. Frente al espejo, ese hombre sabe que vive sus últimos minutos de anonimato. De hombre honesto que nunca ha matado. Un hombre que por el curso de los acontecimientos ocupará la tapa de los diarios y será el tema central de los noticieros. Por entonces, la palabra femicidio era desconocida en la Argentina (hoy matan a una mujer cada 32 horas) y algunos periodistas decían que Barreda había actuado en defensa propia. El caso de estudio preferido de psicólogos, psiquiatras y sabihondos del delito y de la mente humana. Un hombre que ha decidido matar a su familia. Un hombre como cualquier otro. Un hombre cabizbajo que dirá:

—Me decían conchita todo el tiempo. No me veían como a un hombre.

Por cosas de la vida, el apodo que supuestamente lo hizo estallar de furia de un día para el otro es el mismo que lo convirtió en motivo de burla y hasta de sorprendente idolatría.

En la Argentina, cada vez que hablan de un hombre que lava los platos, hace la cama, cocina y se ocupa de las compras, no son pocos los machistas que le dicen conchita. Hasta hay mujeres que bromean con ese calificativo.

En cambio, otros hombres enarbolan el conchita hasta lo más alto. Como si fuera un trofeo de guerra.

El conchita puede ser un descalificativo humillante. El disparador de una masacre. El dedo decidido a apretar el gatillo. Pero decir conchita también puede ser todo lo contrario. Lo dice una sexóloga: un paciente le confesó que comenzó a tener mejor sexo cuando le pedía a su esposa que le dijera conchita.

Desde que pasó lo que pasó, decir conchita es sinónimo de Ricardo Barreda. Para los psicólogos, Barreda se reivindicó a través del crimen. Si le decían conchita, afeminado, mujer con barba, la mejor manera de demostrar lo contrario era matarlas a tiros. Y no con una pistolita, sino con una escopeta. El caño largo, brillante, frío, ancho. Eso, dicen los psicólogos, es el falo. Es como si en los asesinatos Barreda hubiese hablado. Como si a medida que las víctimas caían una por una, como los patitos de una feria, el dentista hubiese dicho:

—Qué conchita ni conchita. Miren el falo que tengo, turras.

Hay otros que le dicen conchita por admiración. Es un coro de machos que alienta a Barreda. Acaso porque ellos no pudieron cumplir la fantasía. Conchita se animó. Aguante conchita. Conchita ídolo. Conchita viejo y peludo nomás. Conchita mía. No te mueras nunca, conchita. Firmame un autógrafo para mostrárselo a los muchachos.

Su familia también le decía conchita. Eso dijo él. La suya es la única versión. Solo ellas podrían desmentirla, pero están muertas. Según él, lo humillaban día y noche. Conchita, andá a lavar los platos. Conchita, limpiá la casa que las tareas de mujer son las que mejor te quedan. Barré, conchita. Conchita, lavanos las bombachas. Bien limpias, conchita, nada de mojarlas una vez y ponerlas a secar al sol. No conchita, así no. Conchita esto. Conchita lo otro. Conchita egoísta. Conchita vago. Conchita afeminada. Conchita rebelde. Conchita al aire. Conchita sucia. Conchita aburrida.

Y mientras ellas decían conchita, él decía que sí con la cabeza.

Como un perro amaestrado. Un pusilánime de manual. Eso dice él. Los jueces le creyeron.

La palabra conchita tomó otro sentido desde que Barreda la mencionó como disparador de su ira. Ser un conchita, el conchita argentino, es una de las marcas que arrastra Barreda.

Carga otras cruces. Todo aquel que mata descubre, horrorizado, que no solo mata a su víctima. También se mata a sí mismo. No se vuelve de ese acto único y fatal. Nadie que haya matado ha vuelto a ser el mismo. Hasta cambia de cara: sus rasgos se vuelven rígidos, como una máscara funesta. Ver las fotos de un asesino antes y después de su crimen es como si se vieran las imágenes de dos personas distintas. El asesinato se adueña de la expresión de quien lo comete. Es un signo imborrable, como la marca bíblica de Caín. Esa marca que Dios le adhirió a su alma después del crimen de Abel: "Ahora estás maldito y vagarás eternamente sobre la tierra". Los que matan, a veces, son eso: malditos que vagan sobre la tierra. No hay manera de evitar esa cicatriz. Todos los asesinos llevan su crimen en la cara.

La cara de Barreda es la cara de sus crímenes. Esa cara que vieron sus víctimas en el instante en que dejó de ser un hombre gris para convertirse en un asesino.

Ser o no ser conchita, esa es la cuestión. Un cordobés diría coonchita. Coonchita cuuuliada. Una cheta de Recoleta diría conchi. Barreda había logrado convertirse en un experto cataador de la palabra conchita. Captaba la cadencia del que entonaba esa palabra como el sabio perfumista que es capaz de distinguir hasta la más imperceptible fragancia en un frasco minúsculo.

¿Habría otros conchitas por el mundo? Sabía que a lo largo y a lo ancho del país, en pueblitos remotos y grandes ciudades, se multiplicaban los tipos que, como él, decían odiar a sus esposas y sus suegras porque eran humillados a diario. Y Barreda imaginaba ejércitos de sublevados. Conchitas rebeldes a la tiranía de suegras y esposas. Conchitas talibanes, subversivos de la pala y la escoba. Y mientras la orden del tirano de blusa y pollera era barrer sin chistar, los conchitas enrolados responderían a los escopetazos. Y al igual que un rebelde afgano que celebra el derrocamiento de la dictadura, los conchitas alzarían sus escopetas y tirarían tiros al aire. Y después quemarían las escobas en señal de alzamiento, de territorio conquistado, una manera de decir basta. ¡Basta!, ahora mandamos nosotros. Y se hundirían en camas prohibidas con las mujeres que admiran a estos extraños seres. Beberían hasta desmayarse. Serían otros.

Y hasta podrían salir de gira por el país en busca de otros mártires, otros conchitas en potencia. Y juntarían firmas para que esa palabra cambie de significado. Hasta podrían crear un partido político. Unión de Conchitas Argentinas. O Conchitas Intransigentes. PJ Conchita. Unidos o dominados. Para un conchita no hay nada mejor que otro conchita. Para los conchita todo, para las suegras y esposas, ni justicia.

Hasta los psiquiatras forenses que lo examinaron aconsejan que esa palabra nunca sea pronunciada ante el dentista. Decirla sería como invocar al diablo. Están convencidos de que en una misma situación, Barreda volvería a hacer lo que hizo. Con ese panorama que plantean los expertos de la ciencia criminal, cualquiera que quiera pasar un mal momento, arriesgar su vida o jugar a la ruleta rusa, no tiene más que hacer el siguiente experimento: lo invita a Barreda a su casa, le da una escoba y le dice sin repetir y sin soplar:

Conchita. Conchita. Conchita. Conchita. Conchita. Conchita.
Conchita. Conchita. Conchita. Conchita. Conchita. Conchita.
Conchita. Conchita. Conchita. Conchita.

Lo que no está claro, y eso habría que preguntárselo a los forenses que vaticinan que Barreda volverá a matar con solo la mención de esa palabra, es cuántas veces hay que pronunciarla para sacarlo de quicio y volver a convertirlo en asesino. Entonces nada de decirle conchita, andá a limpiar la parra, barré, conchita, sacá la telaraña del techo, lavá los calzones de tu suegra, conchita, que para lo único que servís es para ser mucama, conchita.

Aunque conchita, perdón, Barreda, jura que no volverá a matar. Que lo hizo porque estalló como un sapo. No lo volverá hacer. No lo dijo así. Usó otras palabras, tan contundentes como la palabra conchita. Juró que no volvería a matar. Que aquello, lo de su esposa, su suegra y sus dos hijas, había sido un momento único e irrepetible. Eso dijo, como si se desfigurara a medida que dejaba escapar las palabras y se vaciara por dentro. Luego hizo silencio y apoyó la pera en las palmas de sus manos. Daba la sensación de que buscaba sostener su ca-

ra a punto de caerse. Una cara que no era la misma; ahora llevaba en sus rasgos la sombra de su desdicha, tatuada entre las arrugas, los lunares y las líneas rígidas dibujadas en la piel de cuerina, en la piel que ahora se bifurca en los pliegues imperfectos de sus cuatro crímenes.

CAPÍTULO 1

El odontólogo sin sonrisa

Carlitos el vagabundo se ventila los pies descalzos con su sombrero. Hasta hace un rato bailó, zapateó, cantó y escapó de sus perseguidores como por arte de magia. Ahora descansa. A su lado, Paulette Goddard llora desconsolada sobre una roca.

—¿De qué sirve intentarlo? —pregunta ella.

Carlitos se golpea el pecho y con el puño izquierdo cerrado, la alienta. En la pantalla aparecen las letras blancas sobre fondo negro:

—¡Anímate! No te des nunca por vencida. Nos las arreglaremos.

Ella revive. Se levantan y caminan de la mano. Él se dibuja una sonrisa imaginaria en la cara y le pide que sonría. Ella le hace caso. Se van juntos, por un largo camino. Se los ve de espaldas, yendo hacia las montañas. Amanece y es posible imaginar un cielo azul aunque las imágenes sean en blanco y negro.

El viejo vio más de diez veces la escena final de *Tiempos modernos*. Y ahora, mientras intenta silbar la melodía armoniosa que acompaña a Carlitos y a su novia mientras se van hacia un destino mejor, se seca las lágrimas.

—Lloro como un mocoso, pero es una historia llena de esperanza. Sonríe aunque te duela el corazón. ¿No es una enseñanza hermosa?

Ricardo Barreda está emocionado. A los 77 años, pocas cosas lo hacen llorar como las películas de Chaplin. Pocas cosas lo hacen reír a carcajadas como las películas de Chaplin.

Ahora está sentado a la mesa del living del departamento de Belgrano de su novia Berta André. Pero no llega a relajarse. Chaplin ya pasó. Ahora el viejo sabe que en unos minutos escuchará el grito, como casi todos los mediodías. Será una puteada precisa y sonora. Ese grito luego se forma en su memoria y perdura unas horas. A veces se sienta y espera ese insulto como si fuera la visita de un pariente molesto que cae en un momento inoportuno. O baja el volumen del televisor para oír-